

DIA 4

CRISTO, LA PROVISIÓN DEL PADRE PARA NUESTRA MADUREZ

El favor para alcanzar la estatura de la plenitud que se nos promete en Cristo viene del Padre, una bendición que es espiritual no es terrenal (Efesios 1:3); es sobrenatural, viene de los cielos, de un Dios que no es de este mundo. Y es posible para un pueblo que tiene su marca espiritual, su esencia sobrenatural.

Y, ¿cómo ser espirituales? ¿Cómo entrar en esa frecuencia celestial, sobrenatural? El Señor llama en Juan 3 a esta esfera sobrenatural el Reino de los cielos, El Reino de Dios. Un reino que puede ser en nosotros por la obra de Cristo en la cruz y por el poder de su Espíritu en el nacer de nuevo, que es la vida de Dios puesta en quienes se acogen a la obra de Cristo en la cruz.

En este capítulo nos ocuparemos de lo primero, la obra de Cristo en la cruz. De lo segundo nos ocuparemos más adelante.

La obra de Cristo en la cruz

Hemos tocado de manera general la obra de Cristo, pero si queremos profundizar en lo que garantiza

nuestra madurez y el caminar hacia nuestro destino de eternidad y gloria; entonces debemos comprender mejor lo que el Padre permitió que su hijo hiciera en la cruz bajo el enorme poder de su Espíritu. Necesitamos conocer mejor esta obra de *Redención* que menciona Efesios 1:7. Una redención que básicamente se define como la obra de Cristo para libertarnos de la esclavitud, de la cautividad de una vida sin Dios.

Su obra, un puente para volver a Él y a la vida

Nuestro estado de separación hace que todo nuestro ser –espíritu, alma y cuerpo– estén en un estado de muerte espiritual: «*muertos*» dice Efesios 2:1. En esta situación, para buscar cómo librarnos de tal separación, requerimos una salida, y la única salida verdadera y bíblica es reconocer cuál fue la obra de Cristo en la cruz. No hay salida humana posible. No podemos volver a ser espirituales si no es por Dios mismo. Y si hablamos de madurar en la vida espiritual se infiere que esa vida, la del Espíritu, no crece si aún no está en nosotros.

Todo otro camino para entrar a Dios, al Padre, a la frecuencia de la verdadera espiritualidad, es únicamente humana y no alcanza a ser en realidad espiritual si no reconocemos que Cristo es Dios. Cualquier acto (rezar padrenuestros, pagar indulgencias, flagelar nuestro cuerpo, ser bueno, ir a la iglesia, dar a los pobres, pactar, etc.) que pretenda reparar nuestra muerte espiritual, implica hacer vana la venida de Dios a la tierra en la

persona de su hijo. Toda tergiversación en este sentido es dejar al creyente en un estado de muerte espiritual.

Dios es santo, su santidad no admite pecado delante de sí. Porque el pecado es contrario a su naturaleza de pureza absoluta. El hombre en su separación de Dios desconoce la voluntad de Dios y actúa de manera contraria a su hacedor, eso lo convierte en un pecador. Tal como dice Isaías 59:2: *pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír.*

Pero un versículo antes dice: *He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír.*

Por lo cual podemos concluir que Dios ama al pecador, aunque aborrezca su pecado. Su naturaleza de amor le impide odiar a su creación, pero a la vez su naturaleza de luz. *1 Juan 4:8, 16*, le impide aceptar en su seno el pecado. *1 Juan 1:5*. *¿Qué solución encontró Dios Padre ante este dilema?*

La solución de Dios al problema del pecado, según nos la presenta la palabra de Dios, es como sigue: No condona el pecado (no hace la vista gorda ante el pecado), pero tampoco condena al pecador, sino que lo sustituye por Su Hijo:

Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él. 2Co 5:21

A través del sacrificio de su hijo en la cruz, quien murió en nuestro lugar, Dios tendió el puente. La muerte de

Cristo en la cruz significa muchísimo al momento de entender nuestro proceso de madurez.

Cuando fallamos en el proceso y nos sentimos pecadores podemos recordar que *“Dios muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Romanos 5:8*

Cuando sentimos que nuestros fracasos nos hacen sentir miserables y destituidos de su amistad, recordemos que *“si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida. Romanos 5:10*

Cuando sentimos que no nos queda ya más camino, podemos recordar que El Padre *no escatimó ni a su propio Hijo, sino que, lo entregó por todos nosotros. Así que, ¿quién contra nosotros? nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? Romanos 8:31- 32*

Si algo requieren los santos retomar es la obra de Cristo en la cruz. Pero este fundamento escasea en la iglesia, por lo cual es imperativo estudiarlo.¹

TIEMPO DE REFLEXIÓN



- Puede ud en sus propias palabras explicar al grupo ¿cuál fue la obra de Cristo en la cruz?
- Ha orado ud para que además de su comprensión racional de esta obra, poder tener una revelación sobrenatural de esta obra.
- Ore al respecto hasta recibir esta verdad en su espíritu.

DIA 5

EL ESPÍRITU DE CRISTO EN LOS NACIDOS DE NUEVO, LA PROVISIÓN DEL PADRE PARA MADURAR

«...Que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra.» Efesios 1:8-10.

Es importante aclarar que hay una voluntad que atraviesa la historia, reunir todas las cosas en Cristo. El Señor lo dijo en sus propias palabras: *«Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.» Juan 15:4-5.*

«Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh,

Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado.» Juan 17:20-21, 23.

Así que de una vez retomamos lo que inicialmente nos preguntamos:

¿Por qué algunos creyentes no parecen llevar mucho fruto, son inmaduros y carnales? Bueno, un factor causal muy posible es que no han nacido de nuevo. Muchos creyentes tienen doctrina, saben versículos y hasta han leído la Biblia completa, pero aún no tienen la vida del Espíritu en ellos. Viven en una letra muerta. No han sido regenerados por el Espíritu Santo. No tienen aquello que nos hace ser parte del Reino de los cielos. No están unidos a Dios, porque no han nacido de nuevo.

Es fundamental entender que sin el poder de la vida de Dios en nosotros no podemos ser transformados. La renovación genuina no es un cambio externo y conductual. La transformación del nuevo creyente se gesta porque su naturaleza ha cambiado. Es un proceso que comienza en su espíritu hasta ser manifiesto en su conducta.

Pero tengamos en cuenta la premisa: Dios quiere unirnos a Él y sólo quien está unido a Él puede madurar, en Él. Para ello, el Señor estableció una estrategia magistral, porque ¿cómo estar unidos a Él sin tener su propia naturaleza? Por eso estableció el nuevo nacimiento, lo que los teólogos

llaman la **Regeneración**. Solo así se puede empezar a ser espiritual.

Entrar en la vida espiritual por el Nuevo nacimiento

Como apunté anteriormente, el Señor llama en Juan 3 a la esfera espiritual y sobrenatural El Reino de los cielos, el Reino de Dios.

«Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios: los cuales no son engendrados...» Juan 1:12. La palabra engendrados contiene la palabra gen, y un gen contiene la unidad genética de cualquier tipo de sustancia en reproducción. Voy a decirlo en otras palabras, nacer de nuevo es que la genética espiritual de Dios es puesta en nosotros. Y lo explicaré con detalle en la parte 3, en lo concerniente al proceso de madurez.

Desde esta perspectiva sucede que cuando nosotros poseemos esta naturaleza espiritual en nosotros, el mismo Espíritu de Dios en nosotros nos va llevando a reconciliar cada área de Dios con Su voluntad. Pero bien puede pasar que, siendo que nacimos dotados de una inteligencia natural podamos entender racionalmente la Palabra y hasta generar ciertos cambios en lo natural, pero esto no significa que la vida de Dios esté en nosotros. Por ello quienes estando en la iglesia no han nacido de nuevo, resultan siendo personas que viven en la liturgia religiosa, pero su ser, al no ser irrigado por la vida del Espíritu Santo, no puede llegar a un continuo arrepentimiento que le lleve a la obediencia y a la pasión por Cristo;

y en el peor de los casos vuelven al mundo a una vida sin Dios, creyendo falsamente que transitaron en la verdadera vida de Cristo.

Una vez nacidos... la obediencia perfecta

Y, sin embargo, no podemos juzgar a la ligera a quienes no maduran. Algunos que se estancan sufren de desobediencia. Son nacidos de nuevo, pero no llevan fruto porque el segundo factor para que seamos uno con Cristo y podamos ser madurados en santidad, es llevar cada asunto de nuestra vida a la obediencia a Cristo.

Pablo nos habla de la muerte de nuestra vieja naturaleza cuando recibimos la nueva: *«Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva»* (Romanos 6:4-6).

Entonces, recibir a Cristo, es mucho más que congregarse o decirse cristiano. Si el nuevo nacimiento es verdadero el deseo de un creyente será unirse a Dios en todo. Obedecerlo en todo, seguirlo fielmente. Pero esto no es solo un fruto de quien cree, es un fruto de la vida de Cristo en quien lo recibe. Se muere para Él, pero se empieza a vivir para Él, en Él y por Él.

En el interior del nuevo creyente empieza a crecer la vida. Ya la semilla está y esta simiente crece, y mientras la simiente de Dios crece el poder para extirpar la antigua naturaleza, se hace evidente. Se

evidencia en esa lucha terrible que experimenta el verdadero cristiano. Por eso el mismo apóstol Pablo también afirma: *«Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.»* Aquí Pablo expresa que su alma y su cuerpo, no su espíritu, parecen obedecer a otra ley, la ley del pecado. El apóstol dice que él identifica algo interno que se rebela a lo que llama la ley de la mente. Y esto que identifica le nombra la ley del pecado.

Esto nos ayudará a comprender mejor la dinámica de nuestra lucha: mientras vamos venciendo la simiente del mal en nosotros vamos madurando en santidad. Esa es la lucha entre las dos simientes en un creyente. La semilla de la antigua naturaleza va quedando sin poder para que el fruto de la nueva semilla se manifieste por nuestra obediencia. Obediencia también posible porque la misma semilla nos capacita para ello, para obedecer.

Debemos entender que esa lucha entre lo que nos indica el espíritu y los rezagos de nuestra antigua naturaleza, es un buen síntoma. Los que no luchan y se entregan a una vida contraria a Dios, sin el redargüir propio del nacido de nuevo, tal vez solo sean creyentes doctrinales. Con doctrina y sin la vida del Espíritu en ellos. No sostienen luchas porque la nueva simiente que es Cristo no está en ellos. Están a merced de su antigua

naturaleza. No hay en ellos esa contradicción interna entre lo viejo y lo nuevo.

Una nueva ley, la del Espíritu en el creyente

Veamos el proceso y la lucha que conlleva la vida del Espíritu en quien vive: Hay un momento en que nacemos, somos engendrados, nuestro espíritu empieza a deleitarse en Dios porque ya vive, por lo cual el hombre interior se deleita en la ley de Dios, pero hay una lucha, porque una parte de nosotros se resiste, por eso afirma: *«Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros»*. Entonces trata el pecado como si fuese una ley.

¿Qué es una ley? La ley es la que regula. Esa ley del pecado es básicamente la sustancia de la vieja naturaleza sin la simiente de Cristo. Pecado es mi naturaleza sin la simiente de Dios. Nacemos desprendidos de Dios. Esa vieja naturaleza ha regulado todo lo que somos. Lo que Pablo experimenta es la lucha entre las dos simientes. Nuestra vieja naturaleza deja en nuestra alma y en nuestro cuerpo la huella de nuestro antiguo propietario. Esa naturaleza sin Dios se convierte en una vida llena de obras sin Dios o en contra de Él.

Esa naturaleza muerta se convierte en lo que nos regula. Esa es la ley del pecado. Pero, una vez Cristo en nosotros, pasamos a estar bajo el imperio de una nueva ley. Por eso avanza cuando aclara: *«Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que*

están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu». Se trata de una salida para aquellos que ya tienen El Espíritu, porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Y entonces ahora ya no nos habla de la ley del pecado, sino de la ley del Espíritu de vida en Cristo, porque aquellos que le han recibido, aquellos que creyeron y fueron regenerados, nacidos de nuevo, ahora están bajo un nuevo poder, una nueva ley. Ahora serán regulados por el Espíritu Santo, ya son nuevas creaturas, *«las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas»* quien lo crea nunca más vivirá bajo el imperio de la ley del pecado, sino que vivirán bajo una nueva potestad, la de Dios, por su Santo Espíritu.

El Espíritu de Cristo la provisión para vencer por la obediencia

Desde esta óptica, la obediencia es, pues, un paso adelante. La obediencia y el creer son dos asuntos diferentes, creemos al obedecer, obedecemos porque creemos. Cuando la vieja simiente se levanta, como expresa el apóstol, haciendo que una parte de nosotros se rebele, sólo hay una salida, creer que por su Espíritu podemos llevar nuestros miembros, nuestro cuerpo, nuestra alma, todo lo que somos, de vuelta a Cristo.

Tenemos el recurso para que eso sea posible: El poder de su Espíritu que también nos imparte la fe para creer. De manera sobrenatural su Espíritu en nosotros es esa ley de la vida que vence la muerte en nuestro interior. Por eso afirma la palabra: *«porque si*

vivís conforme a la carne, moriréis; más si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.» (Romanos 8:13).

Nosotros bajo el poder de su Espíritu Santo que está en nosotros al ser nacidos de nuevo, al tener la vida de Dios en nosotros, damos la batalla, castigamos la rebeldía, no con actos naturales, porque no es natural nuestra guerra, sino con las armas de una milicia celestial. Una de esas armas se llama obediencia. La simiente del enemigo es aplastada por nuestra obediencia. Y obedecemos porque el poder del Espíritu en nosotros nos da esta capacidad.

No nos enfrentamos directamente a las tinieblas, nos enfrentamos a creer y a obedecer, más bien peleamos por caminar en la luz que vence las tinieblas y nos da una gran victoria. Si solo obedeciéramos, la obra de Cristo sería una potente bomba atómica llenando la tierra de amor, de justicia, de sabiduría y verdad. Tal como lo expresa el apóstol en 2 Corintios 10:5: *«...llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo, y estando prontos para castigar toda desobediencia, cuando vuestra obediencia sea perfecta».*



TIEMPO DE REFLEXIÓN

1. ¿En realidad acudimos al poder de su Espíritu en nosotros, orando por su poder para ser madurados, transformados? o, por el contrario, ¿nos quedamos luchando en nuestras fuerzas, tratando de deshacer el mal

en nosotros en nuestras propias fuerzas?

2. ¿Pedimos en oración tal poder y esperamos respuesta? ¿O pedimos, pero al no ver cambios inmediatos nos desanimamos y nos partamos abandonándonos a la simiente antigua?

Es importante no olvidar que la simiente, la semilla, cualquiera que sea, requiere un tiempo para crecer. Dios quien es el que sembró la semilla, que es Cristo, le dará el crecimiento. Nosotros, como colaboradores del proceso, regamos la semilla con el agua divina que es su Palabra, a la que nos ceñimos en obediencia, con oración y dependencia de su poder. Con la paciencia del fruto que un día se manifestará plenamente en nuestro ser.

DIA 6

LA GARANTÍA DEL PODEROSO ESPÍRITU SANTO EN EL CREYENTE

«En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria.» Efesios 1: 13-14.

El capítulo 1 de Efesios nos ofrece una síntesis de las provisiones para nuestra madurez. Debemos, entonces, también meditar sobre nuestra respuesta ante tal ofrecimiento: se nos ha dado la Palabra, se nos ha mostrado en ella la obra de Cristo en la cruz y para completar el magnífico paquete, se nos otorga un sello de garantía: su Espíritu en nosotros; ante lo cual respondemos oyendo, creyendo y, por supuesto, asiéndonos a tales verdades.

La Palabra llama al Espíritu «las arras». En tiempos antiguos las arras eran un pago anticipado en una transacción de compra y venta. El comprador daba un anticipo, una cuota inicial, llamada «arras». Esa era la garantía de que el negocio iba en firme. Y así se sellaba la transacción. Se daba la palabra —que en épocas anteriores era símbolo del

honor de alguien— y se daba un pago anticipado.

Así que Dios de su voluntad nos ha dado una seguridad anticipada, su Espíritu para garantizar nuestra edificación espiritual, hasta alcanzar la consumación de su compra, de su redención en un tiempo final, que ya se acerca.

En otras palabras, nos dio su palabra, nos dio su vida y nos dio Su Espíritu. Ahora tenemos vida, y tenemos el poder de su Espíritu en nosotros para no volver atrás.

Regidos por una nueva Ley que ya no es el pecado

No puede haber maduración hacia nuestra santidad, sino hay restauración espiritual. Porque como hijos de Dios lo que no nace de Dios en nosotros, nace de nuestra antigua naturaleza y es pecado. Al restaurar la vida espiritual nuestra alma es restaurada por la influencia de nuestro espíritu vivificado en Cristo.

Desde un enfoque solamente psicológico, si solo recibimos sanidad interior para tratar las heridas, los dolores pasados, los traumas de la infancia de la vida pasada, únicamente estamos tratando con nuestras almas. Es decir, la vida del su espíritu queda por fuera del proceso. Porque el problema es que, lo central dentro de la vida espiritual es el pecado, es el vínculo con Dios, es la santidad; y no nuestras heridas. De tal manera muchos creyentes divagan sobre cómo sanar sus heridas, entregar a Dios sus dolores, buscar atenuar su sufrimiento emocional, sin tratar directamente con el pecado, es decir

con su estado de separación de Dios, que justamente es la causa de la mayoría de los problemas humanos. De tal manera, resulta que, cuando Satanás nos hiere, y nosotros solo atendemos al orden emocional de la situación, no resolvemos a nivel espiritual el problema más profundo: que estamos desprendidos de la vida espiritual, separado de Dios y desprovista de eternidad. Tampoco olvidemos que los problemas del ser humano tienen su raíz primera en una naturaleza caída y sin Dios.

¿Qué es el pecado?

El pecado es la sustancia de nuestra antigua naturaleza sin Dios. Efesios 4:17-18 lo menciona como «ajenos a la vida de Dios»:

«Esto, pues, digo y requiero en el Señor: que ya no andéis como los otros gentiles, que andan en la vanidad de su mente, teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay, por la dureza de su corazón». Y nos aclara que, puede ser o por ignorancia o por la dureza de corazón. Por la ignorancia muchas personas creen que están vivas y cuando se les ofrece la vida la rechazan, porque ellos creen que la vida espiritual tiene que ver con sus buenas obras o con prácticas esotéricas. No entienden que su condición de pecado no se define porque se porten bien o mal, sino por vivir ajenos, lejos, por fuera de la vida de Dios, viven en pecado, aunque se porten bien, porque la nueva vida, que es por la simiente que es Cristo, no está en ellos. Así que, si no es por la ignorancia, es por la dureza que muestran cuando se les ofrece una vida con Dios; se

les da una palabra para salvación y sencillamente, la rechazan. Viven en una naturaleza desconectada de su hacedor. Eso es el pecado. Y como consecuencia, viven siendo gobernados por la otra simiente, la de la serpiente antigua. Cuya naturaleza también se expresa en obras, las que la palabra llama obras muertas. Eso son los pecados.

La ley del pecado vs la ley del Espíritu

Justamente, con relación a nuestra naturaleza sin Dios, el apóstol Pablo habla de «Una ley»: *«Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.»* Romanos 7:21-23.

Una ley es una regla o norma constante e invariable de las cosas. La ley es la regla interna que rige alguna cosa. Esa regla o norma, esa matriz de funcionamiento de nuestra naturaleza interior sin Dios, la llama Pablo **pecado**.

Lo cual es muy esclarecedor, porque entonces el pecado no se define solo como mis malos comportamientos, sino como la naturaleza misma de mí ser que me lleva a generarlos. Los comportamientos externos, *los pecados*, en plural, son el resultado de esa ley que está en mí y que se llama **pecado**. Pecado es mi naturaleza sin la simiente de Dios, y los pecados son todos los comportamientos, actitudes y consecuencias generales de una naturaleza desprendida de Dios.

Nacemos en pecado, nacemos desprendidos de Dios.

Lo que Pablo experimenta es la lucha entre las dos simientes. Nuestra vieja naturaleza deja en nuestra alma y en nuestro cuerpo la huella de esa vieja naturaleza, pero una vez Cristo en nosotros pasamos a estar bajo el imperio de una nueva ley: *«Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu»*.

Se trata de una salida para aquellos que ya tienen el Espíritu. Porque «la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.»

Así que nacimos regidos por esta ley del pecado. Y allí es donde viene a operar el poder del Espíritu de Dios, porque, así como el apóstol Pablo menciona esta ley, también menciona otra más poderosa: *«Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.» Romanos 8:2. «La ley del Espíritu de vida»*. Al estar Espíritu en mayúscula, la Escritura nos refiere que es el Espíritu Santo de Dios.

Así que quienes nacen de nuevo, quienes son regenerados, reciben un poder mayor, el Espíritu Santo. Y, por ende, una ley mayor una naturaleza más poderosa, que de adelante les regirá, La ley del Espíritu de Vida. Se recibe la garantía de las arras que asegura el poder vencer por Su Espíritu. Esta es la mayor garantía para madurar en santidad, para vencer el pecado en nosotros.

Entonces cuando afirma:

«Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior

(el espíritu), me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros (cuerpo), que se rebela contra la ley de mi mente (alma), y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros». Pablo expresa que su alma y su cuerpo, menos su espíritu parece obedecer a otra ley, la ley del pecado. El apóstol dice que él halla algo interno que se rebela a lo que llama la ley de la mente, pero también la llama la ley del pecado.

Entender lo anterior, nos ayudará a vencer la dinámica de nuestras luchas mientras vamos creciendo. Hay un momento en que nacemos, somos engendrados, nuestro espíritu empieza a vivir. Nuestro espíritu empieza a deleitarse en Dios porque ya vive, ya fue irrigado por la vida, por eso dice: *«Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios»*.

Entonces, los creyentes que van madurando serán regulados por el Espíritu Santo, ya son nuevas creaturas, *«las cosas viejas pasaron y todas son hechas nuevas»*, quien lo crea nunca más vivirá bajo el imperio de la ley del pecado, sino que vivirán bajo una nueva potestad, la de Dios, por su Santo Espíritu.

En consecuencia, la madurez espiritual, como dijimos antes, no puede circunscribirse a un asunto de sanar las heridas, el dolor o los sufrimientos del alma, quien madura ha podido unirse a la victoria del Espíritu para vencer la condición de pecado. Es por su Espíritu en nosotros que la carne muere. Su presencia nos redarguye y nos da el poder para vencer. Es por su Espíritu que podemos hacer morir las obras de la carne y no

por el ejercicio de nuestras fuerzas. Nuestra responsabilidad reside en permanecer en Él: *«Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.»* (Juan 15:5 RVR 1960), y en creer fielmente en lo que ya el hizo por nosotros.

El ser fortalecido con poder en el hombre interior por su espíritu

Por otra parte, la palabra hace alusión de la función poderosa en nuestro interior cuando afirma en Efesios 3: 16:

«Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra, para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser fortalecido con poder en el hombre interior por su Espíritu».

No nos podemos descuidar en alimentar su Espíritu en nosotros, es necesario atender al precepto que nos dice: *«Velad y orad, para que no entréis en tentación: el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil».* (Mateo 26:41 RVR 1960). Por tal motivo, debemos permanecer en Cristo, en su búsqueda diaria: en oración, en adoración, ayunando, congregándonos, dejándonos limpiar por Él; eso es vivir para Jesús. Sin embargo, hay la posibilidad contraria: la de alimentar la carne, descuidar su presencia, descuidar el alimento diario de su Palabra, descuidar la adoración, rechazar las pruebas por las que somos limpiados: entonces se cumple la palabra que dice: *«Porque si vivís conforme a la*

carne, moriréis; más si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis». (Romanos 8:13 RVR 1960).

Porque, en conclusión, sin la gracia y el poder del Espíritu, nos será imposible madurar, no podremos ser santificados sin su redargüir, sin su revelación de la voluntad de Dios para cada área de nuestra vida, sin su capacidad de dar Sus frutos en nosotros. Porque nosotros no damos fruto, cargamos los suyos como lo expresa la palabra: *«y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca».* No producimos los frutos, los llevamos por la presencia del Espíritu en nosotros.

Si no nos apoyamos en su poder terminaremos siendo personas religiosas que cambian en sus fuerzas, pero que cuando vienen las pruebas, las ofensas, las tempestades de la vida, dejan atrás a Cristo. Lo dejan porque nunca la vida del Espíritu de Cristo estuvo en ellos. Fueron falsos creyentes, tratando de dar cambios que nunca provinieron del poder interno que solo Dios da en nosotros.



TIEMPO DE REFLEXIÓN

- Puede explicar en sus palabras ¿qué es el pecado?
- ¿Trata usted de luchar contra el pecado en sus propias fuerzas?
- ¿Ora al Espíritu Santo pidiendo su ayuda?

ⁱ Si deseas encontrar un material gratuito sobre Redención- presentada de manera más didáctica para trabajar con personas o en grupos pequeños- , puedes acceder al Blog en ***lilianaposso.com***, allí podrás profundizar sobre el tema de la obra

Redentora de Cristo. Tema que recomiendo para quienes deseen un fundamento que aclara lo necesario para presentar a Cristo desde una perspectiva Evangelística.